

WARHAMMER®
CHRONICLES

PRIMER ÓMNIBUS

LAS AVENTURAS DE GOTREK Y FÉLIX



WILLIAM KING
minotauro

WILLIAM KING

**LAS AVENTURAS DE
GOTREK Y FÉLIX**

PRIMER ÓMNIBUS

minotauro

Las aventuras de Gotrek y Félix Omnibus nº 01/06

Published by Black Library, 2003

Copyright 2025 © Games Workshop Limited.

Trollslayer© 1999 Games Workshop Ltd. *Skavenslayer*© 1999 Games Workshop Ltd. *Daemonslayer*© 1999 Games Workshop Ltd.

A Place of Quiet Assembly, *Kineater* y *Mind-stealer* aparecieron por primera vez en *Gotrek & Felix: the Anthology*© 2012 Games Workshop Ltd. *Death and Glory* apareció por primera vez en *Warhammer: El Imperio*© 1993 Games Workshop Ltd. La versión original del glosario de términos apareció por primera vez en *Inferno!* 36© 2003 Games Workshop Ltd. *Blood Sport* nunca había sido publicado.

Actualización del glosario de términos de Lindsey D le Doux Priestley.

Games Workshop quiere dar las gracias a Rob Clarke y a Angela McIntosh por la versión original del glosario de términos.

Gotrek & Felix. The First Omnibus, *Las aventuras de Gotrek y Félix Omnibus nº 01/06*, GW, Games Workshop, Black Library, The Horus Heresy, el logo del ojo de Horus Heresy, Space Marine, 40K, Warhammer, Warhammer 40,000, el logo del águila de dos cabezas, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes, y el distintivo "o"™, y/o © Games Workshop Limited, registradas en todo el mundo. Reservados todos los derechos.

Originally published as *Gotrek & Felix. The First Omnibus*

Games Workshop Limited,
Willow Road, Nottingham,
NG7 2WS, UK.

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

Copyright © 2025 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

Traducción: © Simon Saito Navarro (*Matatrolls*, *Mataskavens* y *Matademonios*)
© J.E. Álamo (*Un lugar de apacible encuentro*, *Deporte de sangre*, *Devoraparietes*,
Ladrón de mentes y *¡Muerte y gloria!*)
Ilustración de cubierta: Johan Grenier
Mapa: Nuala Kinrade

ISBN: 978-84-450-2027-2
Depósito legal: B. 23.062-2024
Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotaurorum.com

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotaurorum

Twitter: @minotaurolibros

ÍNDICE

MATATROLLS	11
MATASKAVENS	309
MATADEMONIOS	621
OTROS RELATOS	
Un lugar de apacible encuentro <i>por John Brunner</i>	917
Deporte de sangre <i>por Josh Reynolds</i>	939
Devoraparentes <i>por Jordan Ellinger</i>	943
Ladrón de mentes <i>por C. L. Werner</i>	978
¡Muerte y gloria! <i>por William King</i>	1012
GLOSARIO DE TÉRMINOS	1029

GEHEIMNISNACHT (NOCHE DE LOS MISTERIOS)

Tras los terribles sucesos y las espantosas aventuras que padecimos en Altdorf, mi compañero y yo huimos hacia el sur dejando que el azar escogiera los caminos. Utilizamos los medios de transporte que se nos ofrecieron —diligencias, carros de campesinos o de transporte—, y recurrimos a los pies cuando todo lo demás fallaba.

Fueron tiempos de dificultades y miedos. Teníamos la impresión de que a cada paso nos acechaba el peligro de que nos arrestaran para encarcelarnos o ejecutarlos. Veía alguaciles en todas las tabernas y cazadores de recompensas detrás de cada arbusto. Si el Matatrolls sospechaba que las cosas podían ser distintas, en ningún momento se dignó informarme de ello.

Para alguien, como yo entonces, que lo ignoraba todo sobre el verdadero estado de nuestro sistema legal, era más que probable que todo el aparato de nuestro poderoso y extenso gobierno se hubiera volcado en aprehender a dos fugitivos como nosotros. Yo desconocía entonces la laxitud y la arbitrariedad con las que se aplicaban los mandatos de la

ley, y lo cierto es que fue una verdadera pena que todos esos alguaciles y cazadores de recompensas que ocupaban mi mente no existieran fuera de mi imaginación... ya que si hubiesen sido una realidad, quizá el mal no habría prosperado con tanta fuerza en mi tierra natal.

La extensión y la naturaleza de ese mal se me iban a hacer muy evidentes una noche negrísima después de que subiéramos a una diligencia que partía hacia el sur. Tal vez la noche con peores augurios de todo nuestro calendario...

Félix Jaeger, *Mis viajes con Gotrek*, vol. II,
impreso en Altdorf, 2505

—Malditos sean todos los cocheros humanos y todas las mujeres humanas —farfulló Gotrek Gurnisson, y lanzó una maldición en idioma enano.

—Tenías que insultar a la dama Isolda, ¿verdad? —le recriminó Félix Jaeger, malhumorado—. Tal como están las cosas, hemos tenido suerte de que no nos dispararan, si puede llamarse suerte a que te dejen tirado en Reikwald en la Noche de los Misterios.

—Pagamos nuestro pasaje; teníamos el mismo derecho que ella de sentarnos dentro. Los cocheros fueron unos cobardes —refunfuñó Gotrek—. No se enfrentaron conmigo cara a cara. No me habría importado que me ensartaran con acero, pero no es digno de un Matatrolls morir con el cuerpo cosido a perdigonazos.

Félix negó con la cabeza. Sabía que su compañero estaba a punto de sucumbir a uno de sus brotes de malhumor. Sería imposible discutir razonablemente con Gotrek, y él tenía muchísimas otras cosas por las que preocuparse. El sol ya se ponía y teñía de rojo los bosques cubiertos por la bruma. Las sombras alargadas ejecutaban una danza siniestra y evocaban demasiados relatos aterradores de los horrores que podían hallarse bajo las copas de los árboles.

Se limpió la nariz con el borde de la capa y se embozó con la capa de lana de Sudenland. Se sorbió y levantó los ojos al cielo, donde ya eran visibles Morrslieb y Mannslieb, las lunas menor y mayor. Morrslieb parecía despedir un resplandor verdoso. Un mal presagio.

—En cualquier momento va a subirme la fiebre —dijo Félix.

El Matatrolls levantó la mirada y rio entre dientes con desdén. La cadena que le iba de la aleta nasal al lóbulo de la oreja del mismo lado dibujaba un arco sangriento por efecto de los postreros rayos del sol.

—Tu raza es débil —aseveró Gotrek—. La única fiebre que siento esta noche es la fiebre de la batalla. Oigo cómo canta dentro de mi cabeza.

Se volvió y clavó una mirada feroz en la oscuridad del bosque.

—¡Salid, pequeños hombres bestia! —aulló—. Tengo un regalo para vosotros.

Soltó una sonora carcajada y deslizó el dedo pulgar por el filo de la hoja de su enorme hacha a dos manos. Félix vio que brotaba sangre del dedo de su compañero, y entonces Gotrek se chupó la yema herida.

—¡Sigmar nos libre! Cállate —le siseó Félix—. ¡Vete a saber lo que acecha ahí fuera en una noche como ésta!

Gotrek lo fulminó con la mirada, y Félix percibió en sus ojos un destello de brutalidad demente. Jaeger deslizó instintivamente la mano hacia la empuñadura de la espada.

—¡No me des órdenes, humano! Pertenezco a la Antigua Raza, y, aunque esté exiliado, sólo respondo ante los Reyes bajo la Montaña.

Félix hizo una reverencia formal. Estaba bien entrenado en el manejo de la espada. Las cicatrices del rostro probaban que se había batido en más de un duelo en su época de estudiante; incluso había matado a un hombre en una ocasión, lo que había puesto fin a una prometedora carrera académica. Sin embargo, no le agradaba la idea de enfrentarse con un Matatrolls. Las puntas de la cresta de cabello de Gotrek sólo llegaban al pecho de Félix, pero el enano lo superaba en peso y su cuerpo era todo músculos. Además, había visto a Gotrek utilizar aquella hacha.

El enano interpretó la reverencia como una disculpa, y se volvió de nuevo hacia la penumbra.

—¡Salid! —gritó—. Me trae sin cuidado si todos los poderes del mal merodean por el bosque durante la noche. Me enfrentaré a cualquier desafío.

El enano estaba a punto de montar en cólera. Desde que se conocían, Félix había notado que a los períodos prolongados de melancolía del Matatrolls solían seguir breves estallidos de furia. Era una de las cosas de su compañero que le fascinaban. Sabía que Gotrek se había hecho Matatrolls para expiar algún crimen; que había jurado ir al encuentro de

la muerte en un combate desigual con monstruos pavorosos. Y a pesar de que su amargura parecía alcanzar cotas de locura, se mantenía fiel al juramento.

«Quizá —pensó Félix— yo también habría perdido la razón si me hubieran condenado al exilio entre desconocidos que ni siquiera pertenecieran a mi raza.» Sintió cierta compasión por el perturbado enano, pues sabía cómo era eso de ser expulsado de casa en circunstancias poco claras; el duelo con Wolfgang Krassner había sido motivo de escándalo.

En ese momento, sin embargo, el enano parecía decidido a hacer que los mataran a ambos, y él no albergaba deseo alguno de participar en sus planes. Continuó caminando con paso cansino mientras lanzaba de vez en cuando una mirada cargada de preocupación a las brillantes lunas llenas. Gotrek seguía vociferando a su espalda.

—¿Es que no hay ningún guerrero entre vosotros? Venid a probar mi hacha. ¡Está sedienta!

Sólo un demente, concluyó Félix, tentaría de ese modo al destino y a los Poderes Siniestros en Geheimnisnacht, la Noche de los Misterios, en los confines más tenebrosos del bosque.

Percibió un canturreo en el idioma pétreo y gutural de los Enanos Montañeses y, luego, oyó una voz en Reikspiel.

—¡Enviadme un paladín!

El silencio duró un segundo. La condensación de la niebla le perlabla la frente. De repente, desde muy, muy lejos, el sonido de caballos a galope inundó la noche.

«¿Qué ha hecho este maníaco? —se preguntó Félix—. ¿Habrá ofendido a uno de los Poderes Ancestrales? ¿Acaso han enviado a sus jinetes demoníacos para que se nos lleven?»

Félix salió de la carretera, y se estremeció cuando sintió la caricia de unas hojas mojadas en el rostro, pues tenían el tacto de los dedos de los muertos. El estruendo de los cascos de los caballos se aproximaba a una velocidad infernal por el camino del bosque. Sin duda, sólo un ser sobrenatural podía mantener una velocidad tan vertiginosa sobre el sendero serpenteante. Sintió que le temblaba la mano cuando desenfundó la espada.

«Ha sido una estupidez seguir a Gotrek —pensó—. Ya nunca acabaré el poema.» Oía el relincho ensordecedor de los caballos, el restallido de

un látigo y el ruido que hacían unas ruedas formidables al girar.

—¡Bien! —bramó Gotrek, cuya voz le llegó por el aire desde el camino que había dejado a su espalda—. ¡Bien!

Se oyó un poderoso rugido, y cuatro colosales caballos azabachados, que tiraban de un carruaje igualmente negro, pasaron a la velocidad del rayo. Félix vio que las ruedas rebotaban al pisar una raíz que sobresalía en el camino, y apenas distinguió a un cochero arrebujaado en una capa negra. Retrocedió y se acuclilló entre los arbustos. Oyó unas pisadas que se aproximaban, y algo apartó los arbustos a un lado. Ante él apareció Gotrek, con un aspecto más demente y salvaje que nunca. Tenía apelmazada la cresta de pelo; el cuerpo tatuado, manchado de barro parduzco; y el jubón de cuero con tachones metálicos, desgarrado y roto.

—¡Esos renacuajos han intentado pasarme por encima! —vociferó—. ¡Sigámoslos!

Dio media vuelta y echó a correr por el embarrado sendero con un trote veloz. Félix advirtió que Gotrek cantaba alegremente en Khazalid.

Un poco más adelante, siguiendo el camino de Bogenhafen, llegaron a la Posada de las Piedras Erguidas. Los postigos de las ventanas estaban echados y no se veían luces. Oían los relinchos procedentes de los establos, pero cuando se asomaron no vieron carruaje alguno, ni negro ni de otro color; sólo unos ponis asustadizos y el carro de un vendedor ambulante.

—Hemos perdido el carruaje. Lo mejor será buscar una cama para pasar la noche —sugirió Félix, y levantó con cautela la mirada hacia la luna más pequeña, Morrslieb, cuyo enfermizo resplandor verdoso era más brillante—. No me gusta estar en el exterior bajo esta luz maligna.

—Eres débil, humano, y cobarde también.

—Tendrán cerveza.

—Por otro lado, no carecen de mérito algunas de tus sugerencias. Aunque la cerveza humana es aguada, claro está.

—Claro está —repuso Félix. Gotrek no detectó la ironía en su respuesta.

La posada no estaba fortificada, pero tenía paredes gruesas, y cuando intentaron abrir la puerta descubrieron que estaba atrancada. Gotrek la aporreó con el extremo del mango del hacha, pero no recibieron respuesta alguna.

—Puedo oler humanos dentro —afirmó Gotrek, y Félix se preguntó cómo sería capaz de oler algo que no fuese su propio hedor. Gotrek no se lavaba nunca, y se apelmazaba el pelo con grasa animal para mantener en su sitio la cresta teñida de rojo.

—Se han encerrado, puesto que nadie sale al exterior en Geheimnisnacht, a menos que sean brujas o amantes de los demonios.

—El carruaje negro estaba en el exterior —observó Gotrek.

—Sus ocupantes no andaban en nada bueno. Llevaba las cortinillas echadas y no exhibía ningún escudo de armas.

—Tengo la garganta demasiado seca para discutir esa clase de detalles. ¡Vamos, abrid la puerta de una vez o la emprenderé a hachazos con ella!

Félix creyó advertir movimiento en el interior y pegó una oreja a la puerta. Distinguió unos murmullos y lo que le parecieron sollozos.

—A menos que quieras que te abra la cabeza, humano, sugiero que te echas a un lado —le advirtió Gotrek.

—Espera un momento. ¡Escuchad, los de dentro! ¡Abrid! Mi amigo tiene un hacha muy grande y una paciencia muy corta, así que os sugiero que hagáis lo que pide. De lo contrario tirará abajo la puerta.

—¿Qué has querido decir con corta? —inquirió con susceptibilidad Gotrek.

Del otro lado de la puerta les llegó un chillido agudo, tembloroso.

—¡En el nombre de Sigmar, marchaos, demonios del abismo!

—Bueno, se acabó —espetó Gotrek—. Ya he tenido suficiente.

El hacha dibujó un arco enorme en el aire cuando la echó hacia atrás, y Félix, al tiempo que saltaba a un lado, vio brillar a la luz de Morrslieb las runas grabadas en la hoja.

—¡En el nombre de Sigmar! —gritó Félix—. No podéis exorcizarnos. No somos más que unos viajeros cansados.

El hacha se hundió en la puerta, y se oyó el sonido de la madera al henderse al tiempo que algunas astillas salían disparadas por el aire. Gotrek se volvió hacia Félix y le sonrió con una expresión maligna, y éste vio los huecos de los dientes que había perdido su compañero.

—Esta puerta humana es de pésima calidad —comentó Gotrek.

—Os sugiero que abráis mientras aún tenéis puerta —gritó Félix.

—Un momento —dijo la voz temblorosa—. Pagué por ella cinco coronas a Jurgen, el carpintero.

Retiraron desde dentro la tranca de la puerta y ésta se abrió. Entonces apareció un hombre alto y delgado, con el rostro triste enmarcado por una lacia cabellera cana. Empuñaba una gruesa porra, y detrás de él, una anciana sujetaba un platillo sobre el que ardía una vela que goteaba cera.

—No va a necesitar el arma, señor. Sólo queremos una cama para pasar la noche —dijo Félix.

—Y cerveza —gruñó el enano.

—Y cerveza —asintió Félix.

—Montones de cerveza —añadió Gotrek.

Félix miró al anciano y se encogió de hombros con gesto de impotencia.

En el interior de la posada, el techo del comedor era bajo, y la barra consistía en unos tablones asentados sobre un par de barriles. Desde un rincón, tres hombres armados que parecían buhoneros los contemplaban con desconfianza. Cada uno de ellos había desenfundado una daga, y aunque las sombras les ocultaban el rostro, parecían preocupados.

El posadero apremió a que entraran a los recién llegados y volvió a colocar la tranca en su sitio.

—¿Podéis pagar, *herr doktor*? —preguntó con nerviosismo, y Félix se fijó en el movimiento de la nuez de Adán del hombre.

—No soy profesor, sino poeta —aclaró mientras sacaba su fina bolsa y contaba las escasas monedas de oro que le quedaban—; pero puedo pagar.

—Comida —dijo Gotrek—. Y cerveza.

Al oír eso, la anciana rompió a llorar. Félix la miró fijamente.

—La vieja está desconcertada —observó Gotrek.

El anciano asintió.

—Nuestro Gunter ha desaparecido, esta noche precisamente.

—Tráeme cerveza —ordenó Gotrek, y el posadero se marchó. Entonces, el enano se levantó y avanzó pesadamente hasta donde estaban sentados los buhoneros, que lo observaron con recelo—. ¿Alguno de vosotros sabe algo de un carruaje negro tirado por cuatro caballos también negros? —les preguntó.

—¿Has visto el carruaje negro? —inquirió uno de los vendedores, cuya voz traslucía miedo.

—¿Que si lo he visto? Esa maldita cosa ha estado a punto de pasarme por encima.

El hombre profirió un grito ahogado, y Félix oyó el ruido de un cucharón al estrellarse contra el suelo. Luego vio que el posadero se agachaba para recogerlo y comenzaba a llenar de nuevo la jarra.

—En ese caso, eres afortunado —aseveró el buhonero más gordo y de aspecto más próspero—. Se dice que los demonios conducen ese carruaje. He oído decir que todos los años pasa por aquí en Geheimnisnacht. Hay quien asegura que transporta niñitos de Altdorf que han sido sacrificados en el Círculo de Piedras Oscuras.

Gotrek lo miró con interés, y a Félix no le gustó el rumbo que estaba tomando la conversación.

—Seguro que no es más que una leyenda —dijo.

—No, señor —gritó el posadero—. Todos los años oímos el estrépito que hace al pasar. Hace dos años, Gunter se asomó y lo vio; era un carruaje negro como el que ustedes han descrito.

La mención del nombre de Gunter volvió a provocar el llanto de la anciana. El posadero les sirvió estofado y dos grandes jarras de cerveza.

—Trae también cerveza para mi compañero —ordenó Gotrek.

El posadero se alejó en busca de otra jarra.

—¿Quién es Gunter? —le preguntó Félix cuando regresó, y se oyó otro sollozo de la mujer.

—Más cerveza —pidió Gotrek, y el propietario de la posada contempló las dos jarras vacías con el gesto atónito.

—Toma la mía —le ofreció Félix—. Dime, *mein* anfitrión, ¿quién es Gunter?

—¿Y por qué aúlla esa vieja en cuanto se menta su nombre? —inquirió Gotrek, limpiándose la boca con un brazo manchado de barro.

—Gunter es nuestro hijo. Salió esta tarde a cortar leña y no ha regresado.

—Gunter es un buen chico —añadió la anciana, sorbiéndose la nariz—. ¿Cómo vamos a sobrevivir sin él?

—Quizá sólo se ha perdido en el bosque...

—Imposible —repuso el posadero—. Gunter conoce los bosques de los alrededores como yo los pelos de mis manos. Hace horas que debería haber vuelto a casa. Temo que la Secta lo haya apresado con la intención de sacrificarlo.

—Eso mismo le sucedió a la hija de Lotte Hauptmann, Ingrid —co-

mentó el buhonero gordo, y el posadero le lanzó una mirada de profundo desprecio.

—No quiero oír ninguna historia sobre la prometida de nuestro hijo —respondió.

—Deja hablar al hombre —intervino Gotrek, y el buhonero le dedicó una mirada de agradecimiento.

—Lo mismo ocurrió el año pasado en Hartzroch, al final del sendero. La esposa de Hauptmann fue a ver a su hija adolescente, Ingrid, justo después del crepúsculo, porque le pareció haber oído golpes procedentes del cuarto de la muchacha. La hija había desaparecido. ¡Vaya usted a saber qué poderes de brujería la arrancaron de su lecho estando la casa cerrada a cal y canto! Al día siguiente se dio la alarma, y encontramos a Ingrid cubierta de moretones y en un estado espantoso. —Alzó la vista hacia ellos para asegurarse de que le prestaban atención.

—¿Le preguntasteis qué había sucedido? —quiso saber Félix.

—Sí, señor. Al parecer, unos demonios, seres salvajes del bosque, se la habían llevado hacia el Círculo de Piedras Oscuras. Allí esperaba la Secta con las criaturas malignas de los bosques. Iban a sacrificarla en el altar, pero ella consiguió zafarse de sus captores e invocó el buen nombre del bendito Sigmar. Mientras ellos se tambaleaban, Ingrid escapó, y aunque la persiguieron no lograron darle alcance.

—Fue una suerte —señaló Félix con sequedad.

—No hay necesidad de burlarse, *herr doktor*. Nos acercamos al Círculo de Piedras Oscuras y en la tierra removida encontramos rastros de toda clase, incluidas huellas de humanos, de bestias y de demonios de pezuña hendida, y un becerro destripado como un cerdo sobre el altar.

—¿Demonios de pezuña hendida? —inquirió Gotrek, y a Félix no le gustó la expresión de interés que mostraban sus ojos. El vendedor ambulante asintió con la cabeza.

—Ni por todo el oro de Altdorf me aventuraría yo esta noche hasta el Círculo de Piedras Oscuras —replicó.

—Sería misión apropiada para un héroe —afirmó Gotrek al tiempo que lanzaba una mirada elocuente a Félix, que se quedó petrificado.

—En serio no estarás pensando...

—¿Qué mejor misión para un Matatrolls que enfrentarse con esos demonios en su noche sagrada? Sería una muerte magnífica.

—Sería una muerte estúpida —murmuró Félix.

—¿Qué has dicho?

—Nada.

—Me acompañarás, ¿no? —dijo Gotrek en un tono amenazador mientras deslizaba el pulgar por el filo del hacha, y Félix advirtió que el dedo volvía a sangrar.

—Un juramento es un juramento —replicó, asintiendo con la cabeza.

El enano le dio una palmada tan fuerte en la espalda que Félix pensó que le había roto las costillas.

—A veces, humano, creo que por tus venas corre sangre de enano, y no me refiero, por supuesto, a que algún miembro de la Antigua Raza fuera a rebajarse a semejante matrimonio mixto.

Regresó con pasos pesados junto a su cerveza.

—Por supuesto —replicó su compañero, devolviéndole una mirada feroz.

Félix revolvió en su equipaje buscando la cota de malla. Reparó en que el posadero, su esposa y los vendedores ambulantes lo observaban con una expresión cercana al asombro. Gotrek se sentó cerca del fuego y se puso a farfullar en idioma enano entre sorbo y sorbo de cerveza.

—En serio no irás a acompañarlo, ¿no? —susurró el buhonero gordo. Félix asintió con la cabeza.

—¿Por qué? —continuó interrogándole el vendedor ambulante.

—Me salvó la vida. Estoy en deuda con él. —Félix creyó conveniente no mencionar en qué circunstancias lo había salvado Gotrek.

—Saqué al humano de debajo de los cascos de la caballería del Emperador —bramó Gotrek, y Félix asintió con amargura.

«El Matatrolls tiene el oído de una bestia salvaje, y también el cerebro», dijo para sus adentros mientras continuaba sacando la cota de malla.

—Sí. Al humano le pareció una idea inteligente presentar su caso ante el Emperador con peticiones y marchas de protesta. El viejo Karl Franz decidió responder, muy sensatamente, con cargas de caballería.

Los buhoneros retrocedieron lentamente.

—Un insurrecto —oyó Félix que murmuraba uno de ellos, y sintió que se ruborizaba.

—Había fijado otro impuesto cruel e injusto: una pieza de plata por cada ventana. Para empeorar las cosas, todos los comerciantes sebosos tapiaron sus ventanas y la milicia de Altdorf salió a abrir agujeros en las casuchas de los pobres. Teníamos razón de quejarnos.

—Se paga una recompensa por la captura de los insurrectos —comentó el vendedor ambulante—; una recompensa jugosa.

—Por supuesto —continuó Félix al tiempo que fijaba su mirada en él—, la caballería imperial no era un rival digno del hacha de mi compañero. ¡Menuda carnicería! Por todas partes había cabezas, piernas y brazos. Acabó encima de una montaña de cadáveres.

—Llamaron a los arqueros —añadió Gotrek—. Nos escabullimos por un callejón porque ser ensartados desde lejos habría sido una muerte indecorosa.

El buhonero gordo se volvió hacia sus compañeros, luego miró a Gotrek, después a Félix, y devolvió la mirada a los primeros.

—Un hombre sensato se mantiene alejado de la política —dijo al hombre que había sacado el tema de la recompensa, y de inmediato clavó los ojos en Félix—. Naturalmente, no pretendo ofenderte.

—No me ofendes —repuso Félix—. Tienes toda la razón del mundo.

—Insurrecto o no —intervino la anciana—, que Sigmar te bendiga si traes de vuelta a mi pequeño Gunter.

—No es pequeño, Lise —objetó el posadero—. Es un hombre joven y robusto. Aun así, espero ver de vuelta a mi hijo. Ya soy viejo, y lo necesito para cortar la leña, herrar los caballos, levantar los barriles y...

—Tales preocupaciones paternas son conmovedoras—lo interrumpió Félix al mismo tiempo que se encasquetaba la gorra de cuero.

Gotrek se puso en pie y lo miró. Luego se dio una palmada en el pecho con una mano carnosa.

—Las armaduras son para mujeres y elfos afeminados —aseveró.

—Quizá sería mejor que yo me la pusiera, Gotrek. En definitiva: deseo regresar vivo para narrar tus hazañas... como he jurado hacer.

—No te falta algo de razón, humano. Pero recuerda que esa sólo es una de las cosas que juraste hacer. —Se volvió hacia al posadero—. ¿Cómo encontraremos el Círculo de Piedras Oscuras?

Félix sintió que se le secaba la boca, y luchó contra el temblor de las manos.

—Del camino parte un sendero; os llevaré hasta donde nace.

—De acuerdo —replicó Gotrek—. No podemos dejar pasar una oportunidad tan buena. Si el Gran Grungni así lo quiere, esta noche expiaré mis pecados y llegaré a los Salones de Hierro.

Hizo un signo peculiar sobre el pecho con la mano derecha cerrada.

—Vamos, humano, en marcha —aseveró, y se encaminó hacia la puerta.

Félix cogió el zurrón. En la entrada, la anciana lo paró y le puso algo en una mano.

—Por favor, señor —le dijo—. Toma esto. Es un amuleto de Sigmar. Te protegerá. Mi pequeño Gunter lleva la pareja de éste.

«Pues no le ha servido de mucho», casi respondió Félix, pero la expresión de la mujer lo obligó a contenerse. Había miedo y preocupación en su rostro, y tal vez también esperanza, lo que lo conmovió.

—Pondré todo mi empeño, *frau*.

Fuera, en el cielo resplandecía la verdosa luz de la brujería de las lunas. Félix abrió la mano y vio que se trataba de un martillito de hierro prendido a una cadena de finos eslabones. Se encogió de hombros y se la colgó del cuello. Gotrek y el anciano ya enfilaban por la carretera, de modo que hubo de correr un trecho para alcanzarlos.

—¿Qué te parece que es esto, humano? —preguntó Gotrek, inclinándose hacia el suelo.

Ante ellos, el camino continuaba en dirección a Hartzroch y a Bogenhafen. Félix se recostó en el poste leguario; se encontraban al borde del sendero, y confiaba en que el posadero hubiese regresado a casa sano y salvo.

—Huellas —respondió—, que se dirigen al norte.

—Muy bien, humano. Son huellas de carruaje y entran por el sendero que va al Círculo de Piedras Oscuras.

—¿El carruaje negro? —sugirió Félix.

—Eso espero. ¡Qué noche tan gloriosa! Es la respuesta a todas mis plegarias: una oportunidad para purgar mis culpas y vengarme de ese cerdo que estuvo a punto de aplastarme.

Gotrek rio con un júbilo incontenible, pero Félix observó que se había producido un cambio en su compañero. Parecía tenso, como si

sospechara que se avecinaba el momento de enfrentarse a su destino y temiera no estar a la altura. Una locuacidad insólita se había apoderado de él.

—¿Un carruaje? ¿Acaso la Secta está formada por nobles, humano? ¿Hasta ese extremo está corrompido tu Imperio?

Félix sacudió la cabeza.

—No lo sé. Tal vez el líder sea un noble. Es más que probable que sus miembros sean gentes de la localidad. Se dice que la corrupción del Caos está muy arraigada en estos lugares apartados.

Gotrek sacudió la cabeza y, por primera vez desde que lo conocía, le pareció consternado.

—La locura de tu pueblo me da ganas de llorar, humano. Es terrible que vuestra corrupción llegue hasta el punto de que vuestros gobernantes se vendan a los Poderes Siniestros.

—No todos los hombres son así —respondió Félix, encolerizado—. Si bien es cierto que algunos buscan el poder fácil o los placeres de la carne, son los menos. La mayoría de la gente conserva la fe. De todas formas, la Antigua Raza no es tan pura. Hasta mis oídos han llegado historias de ejércitos enteros de enanos entregados a los Poderes Malignos.

Gotrek profirió entre dientes un furibundo gruñido y escupió al suelo. Félix aferró con más fuerza aún la empuñadura de la espada y se preguntó si tal vez se habría excedido con el Matatrolls.

—Tienes razón —respondió Gotrek con voz suave y fría—. Nosotros no hablamos con ligereza sobre esas cosas. Hemos jurado la guerra eterna contra las abominaciones de las que hablas y contra sus amos oscuros.

—Al igual que mi pueblo. No en vano tenemos nuestros cazadores de brujas y nuestras leyes.

—Tu pueblo no lo entiende —afirmó Gotrek sacudiendo la cabeza—. Es una gente blanda y decadente, que vive alejada de la guerra. No comprenden las cosas terribles que roen las raíces del mundo y pretenden debilitarnos a todos. ¿Cazadores de brujas? ¡Ja! —Escupió de nuevo al suelo—. ¡Leyes! Sólo hay una manera de enfrentarse con la amenaza del Caos.

Gotrek blandió el hacha de un modo elocuente.

Se abrían paso por el bosque con dificultad. En el cielo, las lunas brillaban con una luz febril; el resplandor verdoso de Morrslieb se había

vuelto aún más intenso y en ese momento manchaba el cielo. Una fina niebla se había posado sobre el terreno inhóspito y salvaje por el que avanzaban. De la turba agloraban rocas como la erupción de una peste que se abriera en la piel del mundo.

En ocasiones, Félix creía oír el batir de unas enormes alas sobre ellos, pero cuando levantaba la mirada sólo veía el resplandor del cielo. La niebla se extendía y distorsionaba el entorno de tal modo que daba la impresión de que ambos caminaban por el fondo de un mar infernal.

«Este lugar me da mala espina», se dijo Félix. El aire dejaba un regusto nauseabundo, y el vello de la nuca se mantenía constantemente erizado. Una vez, siendo un niño, en Altdorf, en casa de su padre, se había sentado a contemplar cómo el cielo se ennegrecía con nubarrones. Luego había estallado la tormenta más monstruosa de la que se tenía memoria. Ahora experimentaba la misma sensación de amenaza, y sabía que cerca de allí estaban congregándose fuerzas poderosas. Se sentía como un insecto que se arrastrara por el cuerpo de un gigante que podía despertarse y aplastarlo en cualquier momento.

Incluso Gotrek parecía sentirse oprimido, pues permanecía callado y no mascullaba para sí como tenía por costumbre. De vez en cuando se detenía y le indicaba con un gesto a Félix que no hiciera ruido; luego olfateaba el aire. Félix podía ver cómo se tensaban los músculos de su compañero, como si cada uno de sus nervios se esforzara por captar el más leve rastro de algo, y poco después reanudaban la marcha.

Todos los músculos de Félix estaban agarrotados por culpa de la tensión. Se arrepentía de haber acompañado a Gotrek. «Sin duda, mi obligación con el enano no incluye que tenga que enfrentarme a una muerte segura. Tal vez pueda escabullirme en la niebla.»

Apretó los dientes. Se preciaba de ser un hombre honorable, y la deuda que tenía con el enano era algo real, porque éste había arriesgado su propia vida para salvarlo. Era cierto que en aquel entonces él desconocía que Gotrek buscaba la muerte, que la cortejaba como un hombre corteja a una dama de buen ver, pero a pesar de eso se veía obligado por el juramento.

Recordó la escandalosa borrachera por las tabernas del Laberinto; aquella noche se juraron hermandad de sangre mediante el curioso rito enano, y él se comprometió a ayudar a Gotrek en su empresa.

Gotrek quería que se recordaran su nombre y sus hazañas, y cuando se enteró de que Félix era poeta, le pidió que lo acompañara. En aquel momento, bajo los efectos de la alcohólica calidez de la camaradería, le pareció una idea estupenda. El fatal destino del Matatrolls le ofrecía un tema excelente para un poema épico, un poema que le daría fama.

«¡No podía imaginarme —se lamentó Félix— que me conduciría a esto: a cazar monstruos en Geheimnisnacht!» Sonrió con ironía. Resultaba fácil cantar valientes hazañas en las tabernas y salas de juego, donde los hábiles artífices conjuraban el horror con las palabras. Fuera de ellas, sin embargo, era muy distinto. El miedo le aflojaba los intestinos y la atmósfera opresiva le daba ganas de echar a correr gritando.

«A pesar de todo —intentó consolarse—, es un material adecuado para un poema. Sólo tengo que sobrevivir para escribirlo.»

El bosque se hizo más profundo y enmarañado. Los árboles parecían seres contorsionados y extraños, y Félix se sentía observado. A pesar de que intentó desterrar ese pensamiento de su cabeza diciéndose que sólo eran fantasías suyas, la niebla y la fantasmagórica luz de las lunas no hacían más que estimular su imaginación. Tenía la impresión de que cada zona en sombras ocultaba un monstruo.

Félix bajó la mirada hacia el enano y percibió en su semblante una mezcla de expectación y miedo. Lo había creído inmune al terror, pero entonces se dio cuenta de que estaba equivocado; sólo una voluntad férrea arrastraba a Gotrek al encuentro con su destino. Al sentir que su propio fin podía estar cerca, Félix se atrevió a formular una pregunta que deseaba hacer desde hacía mucho tiempo.

—*Herr Matatrolls*, ¿qué hiciste que ahora tienes que expiar? ¿Qué crímenes te impulsan a autoimponerte semejante castigo?

Gotrek alzó los ojos hacia Félix, y luego desvió la mirada hacia las profundidades de la noche. Félix se fijó en que los gruesos músculos de su cuello ondularon como serpientes durante el movimiento.

—Habría matado a cualquier otro hombre que me hubiese formulado esa misma pregunta. Tu juventud, tu ignorancia y el rito de amistad que llevamos a cabo me obligan a disculparte; si te matara, me convertiría en el asesino de un pariente. Y ese es un crimen terrible. Nosotros no hablamos de esa clase de crímenes.

Félix no había sido consciente hasta ese momento de lo unido que estaba a él el enano. Gotrek se quedó mirando al poeta como si esperara una respuesta.

—Lo comprendo —le dijo.

—¿Lo comprendes, humano? ¿De verdad lo comprendes? —La voz del Matatrolls era tan áspera como las piedras al partirse.

Félix esbozó una sonrisa amarga, pues de repente atisbó el abismo que separaba a los hombres de los enanos. Él jamás entendería sus extraños tabúes; su obsesión por los juramentos, el orden y el orgullo. Escapa a su comprensión lo que impulsaba al Matatrolls a ejecutar una sentencia de muerte autoimpuesta.

—Los de tu pueblo sois demasiado duros con vosotros mismos —dijo.

—Y los del tuyo, demasiado blandos —replicó el Matatrolls.

Guardaron silencio, pero ambos se sobresaltaron al oír una risa queda, desquiciada. Félix se volvió, desenfundando la espada a toda velocidad para colocarse en guardia. Gotrek blandió el hacha.

De la niebla apareció algo arrastrando los pies. Félix pensó que debía de haber sido un hombre en otra época. Su silueta conservaba su aspecto humano, pero parecía que un dios demente hubiese sujetado a la criatura cerca de un fuego demoníaco para que la carne se derritiera y así poder modelarla con una nueva forma abominable.

—Esta noche vamos a bailar —dijo, con una voz estridente que no contenía ni una pizca de cordura—. Vamos a bailar y a tocarnos.

Con suavidad, tendió una mano hacia Félix y le rozó un brazo. Félix retrocedió con horror cuando aquellos dedos que parecían un nido de gusanos se alzaron hacia su rostro.

—Esta noche, en las piedras, bailaremos, nos tocaremos y nos frotaremos. —Hizo el ademán de abrazar a Félix. Sonrió y dejó al descubierto unos dientes cortos y puntiagudos. El poeta permaneció quieto y en silencio; se sentía como un espectador que observaba lo que sucedía desde la distancia. Luego retrocedió y apoyó la punta de la espada contra el pecho de aquella cosa.

—No te acerques más —le advirtió.

La figura sonrió, y su boca pareció hacerse más grande, con lo que aún dejó a la vista más dientecillos puntiagudos. Sus labios se dilataron hasta que la mitad inferior del rostro pareció completamente consti-

tuida por brillantes encías húmedas, y la mandíbula inferior descendió todavía más que la de una serpiente. Entonces se apretó contra la espada y en su pecho relucieron unas perlas de sangre. Soltó una risotada gorgojosa y estúpida.

—Bailar, y tocarse, y frotarse, y comer —dijo, y, con una velocidad que no era humana, sorteó la espada y se abalanzó sobre Félix.

Pese a la rapidez del movimiento, el Matatrolls fue aún más veloz y cazó en mitad del salto a aquella cosa con un hachazo en el cuello. La cabeza se alejó rodando hacia el interior de la noche convertida en una burbujeante fuente roja.

«Esto no está pasando», pensó Félix.

—¿Qué era eso? ¿Un demonio? —preguntó Gotrek, y Félix percibió una emoción tremenda en su voz.

—Creo que alguna vez fue un hombre —respondió—, uno de los corrompidos por la Marca del Caos. Los abandonan en cuanto nacen.

—Ése hablaba tu idioma.

—En ocasiones, la corrupción no se manifiesta hasta que son mayores. La familia piensa que están enfermos y los protege, hasta que se marchan al bosque y desaparecen.

—¿Los familiares protegen abominaciones semejantes?

—Son cosas que pasan. Nosotros no hablamos del asunto. Es difícil volver la espalda a las personas que quieres, aun cuando cambian.

El enano fijó en él una mirada cargada de incredulidad. Sacudió la cabeza.

—Demasiado blandos —sentenció—. Demasiado blandos.

El aire estaba en calma. A Félix le parecía advertir de vez en cuando presencias que se movían entre los árboles próximos, y, nervioso, se quedaba quieto como una piedra, intentando penetrar con la vista la niebla que lo rodeaba en busca de sombras en movimiento. El encuentro con el corrupto le había hecho comprender lo peligrosa que era la situación, y dentro de sí sentía un miedo terrible y un gran enfado.

Una parte de ese enfado se dirigía contra sí mismo por tener miedo. Se sentía indispuesto y avergonzado, y decidió que, con independencia de lo que ocurriera, no repetiría el error de quedarse quieto como una oveja para que lo mataran.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Gotrek, y Félix lo miró—. ¿No lo oyes, humano? ¡Escucha! ¡Es como un cántico! —Félix se esforzó por captar el sonido, pero no oyó nada—. Ya estamos cerca, muy cerca.

Prosiguieron su camino en silencio. La cautela de Gotrek aumentaba a medida que se movían entre la niebla; abandonó el sendero y aprovechó la altura de las hierbas para avanzar a cubierto. Félix lo siguió.

Entonces pudo oír los cánticos, que parecían entonados por una veintena de gargantas. Algunas voces eran humanas; otras, cavernosas y bestiales. Había voces femeninas y voces masculinas mezcladas con el lento batir de un tambor, el estrépito de címbalos y las notas discordantes de flautas.

Félix sólo pudo distinguir una palabra que se repetía una y otra vez: Slaanesh.

Se estremeció. Slaanesh, el Señor Oscuro de placeres indecibles. Ese nombre evocaba las peores profundidades de la depravación y era susurrado en los tugurios de la droga y en las casas de vicio de Altdorf por gentes que de tan hastiadas buscaban placeres que escapaban a la comprensión humana. Era un nombre asociado a la corrupción, los excesos y el oscuro vientre de la sociedad imperial. Para los seguidores de Slaanesh, no existía ningún estímulo demasiado grotesco, ningún placer que estuviese prohibido.

—La niebla nos oculta —le susurró Félix al Matatrolls.

—¡Silencio! Mantente callado. Debemos acercarnos más.

Continuaron arrastrándose con lentitud; la alta hierba mojada frotaba el cuerpo de Félix, y su ropa no tardó en humedecerse. Delante de él divisó unas hogueras que servían de guía en medio de la oscuridad. El aroma de la madera quemada y del incienso empalagosamente dulce colmaba el aire. Echó un vistazo alrededor con la esperanza de que ningún rezagado fuera a toparse con ellos, puesto que se sentía absurdamente desprotegido.

Avanzaron centímetro a centímetro. Gotrek arrastraba el hacha de guerra tras de sí; Félix rozó con sus dedos su afilada hoja, se hizo un corte y reprimió las ganas de gritar.

Cuando llegaron al borde de la extensión de hierba, vieron un tosco círculo compuesto por media docena de piedras de forma obscena que rodeaba un monolito. Las piedras brillaban con los destellos verdes de

algún hongo luminoso. Sobre cada una de ellas había un brasero que despedía nubes de humo. Los pálidos rayos verdosos de la luz lunar iluminaban una escena infernal.

Dentro del círculo danzaban seis humanos enmascarados y ataviados con unas largas capas echadas hacia atrás por encima de un hombro; a la vista quedaban los cuerpos desnudos, tanto los femeninos como los masculinos. Cada uno de los participantes en la fiesta llevaba en los dedos de una mano unos címbalos que hacían entrechocar; en la otra mano aferraban unas ramas de abedul con las que azotaban al danzarín que tenían delante.

—*Ygrak tu amat Slaanesb!* —gritaban.

Félix vio que algunos cuerpos exhibían cardenales, pero los bailarines no parecían sentir dolor alguno, tal vez por el efecto narcótico del incienso.

Unas siluetas horribles contorneaban el círculo apoltronadas en el suelo. El tamborilero era un hombre enorme con cabeza de ciervo y pezuñas hendidas. Cerca de él estaba sentado un flautista con cabeza de perro y dedos en forma de ventosa. Un grupo numeroso de hombres y mujeres corruptos se retorció en el suelo, cerca de ellos.

Algunos cuerpos estaban sutilmente distorsionados: hombres altos con cabezas delgadas y diminutas; mujeres bajas y gordas con tres ojos y tres pechos. Otras figuras resultaban difícilmente reconocibles como seres que hubieran sido humanos. Había hombres serpiente cubiertos de escamas, bestias peludas con cabeza de lobo y cosas que eran todo dientes, boca y otros orificios. Félix apenas podía respirar mientras contemplaba el espectáculo con un miedo cada vez mayor.

Se aceleró el ritmo de los tambores, el cadencioso cántico aumentó su tempo y las notas de la flauta se hicieron aún más sonoras y discordantes. El frenesí de los danzarines también crecía, y azotaban sus propios cuerpos y los de sus compañeros hasta que las heridas sangrantes fueron visibles. Luego, se oyó un repique de címbalos y todo quedó en silencio.

Félix pensó que los habían descubierto y se quedó quieto como una estatua. El humo del incienso que le llenaba las fosas nasales parecía amplificar sus sentidos, y se sintió aún más distante y desconectado de la realidad. Entonces notó un dolor punzante y agudo en el costado, y

descubrió con un sobresalto que Gotrek le había propinado un codazo en las costillas; le señalaba algo que se encontraba al otro lado del círculo de piedras.

Se esforzó para ver qué era aquello que asomaba entre la niebla, y finalmente comprendió que se trataba del carruaje negro. El repentino y pasmoso silencio le permitió oír que se abría una de las puertas, y contuvo la respiración mientras aguardaba para ver qué salía del interior.

Una silueta empezó a cobrar forma en la niebla. Era alta, iba enmascarada y estaba cubierta por una capa compuesta por varias telas superpuestas de varios colores pastel. Se movía con una autoridad serena y llevaba en los brazos un bulto envuelto en brocado. Félix se volvió hacia Gotrek, pero vio que éste contemplaba la escena que se desarrollaba ante ellos con intensa concentración; se preguntó si habría perdido el valor en el último momento. El recién llegado enfiló hacia el círculo de piedra.

—*¡Amak tu amat Slaanesh!* —gritó al mismo tiempo que alzaba en alto el bulto. Se trataba de un niño, aunque Félix fue incapaz de discernir si estaba vivo o muerto.

—*¡Ygrak tu amat Slaanesh! ¡Tzarkol taen amat Slaanesh!* —respondió la muchedumbre extasiada.

El hombre de la capa recorrió con la mirada los rostros circundantes, y Félix sintió que el desconocido lo miraba directamente a él con sus ojos marrones y serenos. Se preguntó si el maestro de la Secta ya sabía de su presencia y estaba jugando con ellos.

—*¡Amak tu Slaanesh!* —gritó el hombre con voz nítida.

—*¡Amak klessa! ¡Amat Slaanesh!* —respondieron los demás.

A Félix le pareció evidente que acababa de comenzar un ritual maligno. El maestro de la Secta avanzó hacia el altar con lentos pasos ceremoniosos. Félix sintió que se le secaba la boca, y se humedeció los labios. Gotrek observaba los acontecimientos como si estuviera hipnotizado.

El niño fue depositado sobre el altar con el acompañamiento ensordecedor del tamborileo. Los seis bailarines se habían colocado cada uno junto a una columna, a la que envolvían con las piernas y abrazaban de un modo sugerente. Mientras el ritual continuaba su desarrollo, ellos se frotaban contra las columnas con movimientos lentos y sinuosos.

El maestro extrajo un cuchillo de hoja curva de sus vestiduras y Félix se preguntó si el enano intervendría. Él a duras penas podía seguir contemplando la escena.

El miembro de la secta levantó muy lentamente el cuchillo por encima de la cabeza. Félix se obligó a mirar. Una presencia ominosa se cernía entonces sobre la escena; parecía que la niebla y el humo del incienso se habían condensado hasta solidificarse, y le pareció distinguir dentro de esa nube una silueta grotesca, que se retorció y comenzaba a materializarse. Félix ya no pudo soportar la tensión por más tiempo.

—¡No! —gritó.

Él y el Matatrolls salieron de las altas hierbas y enfilaron hombro con hombro hacia el círculo de piedras. En un primer momento, los miembros de la secta no parecieron percatarse de su presencia, pero al cabo se detuvo el tamborileo, los cánticos cesaron y el maestro se los quedó mirando fijamente, atónito.

Momentáneamente, todas las miradas permanecieron clavadas en ellos. Nadie parecía comprender qué sucedía, pero luego el maestro los señaló con el cuchillo.

—¡Matad a los intrusos! —gritó.

Los participantes en el ritual avanzaron como una ola. Félix sintió que algo le tiraba de una pierna y luego un dolor agudo. Bajó la mirada y vio a una criatura, mitad mujer y mitad serpiente, que le mordía un tobillo. Lanzó una patada al aire para quitársela de encima y le clavó la espada; un estremecimiento sacudió el brazo de Félix cuando el acero chocó contra un hueso.

Félix echó a correr, entonces, para unirse a Gotrek, que estaba abriéndose camino a hachazos hacia el altar. La poderosa hacha de doble filo se alzaba y caía rítmicamente, y dejaba tras de sí una senda de despojos carmesíes. Los miembros de la secta parecían drogados y lentos en su reacción, pero resultaba horripilante la ausencia absoluta de miedo que mostraban. Hombres y mujeres, corruptos e incorruptos, se arrojaban contra los intrusos sin pensar siquiera en su propia vida.

Félix repelió con tajos y estocadas a cualquiera que se le acercó. Hundió la espada por debajo de las costillas y ensartó el corazón de un hombre con rostro de perro que se abalanzó sobre él. Cuando intentaba extraer la hoja del cuerpo de su víctima, una mujer con garras y un

hombre con la piel cubierta de mucosidad saltaron sobre él, y el peso de ambos lo derribó y dejó sin aliento.

Sintió en la cara los arañazos de las garras de la mujer cuando él apoyaba un pie en el estómago de ella para quitársela de encima. Mientras la sangre de los arañazos le caía en los ojos, vio que el hombre, que había sufrido una fea caída, daba un brinco para agarrarlo por el cuello. Buscó a tientas la daga con la mano izquierda, en tanto con la derecha aferraba el cuello del enemigo, que se retorció para zafarse. Resultaba difícil sujetarlo a causa de la capa de mucosidad que lo cubría, pero en cambio, sus manos se cerraban con una fuerza inexorable alrededor del cuello de Félix, al mismo tiempo que se frotaba contra él y jadeaba de placer.

Las tinieblas amenazaban con envolver al poeta, ante cuyos ojos destellaban diminutos puntos plateados. Sintió el impulso abrumador de relajarse y dejarse caer en la oscuridad. Desde algún sitio lejano le llegaba el grito de guerra de Gotrek. Por pura fuerza de voluntad, logró desenvainar la daga y la clavó en las costillas de su atacante. La criatura se puso tiesa, esbozó una amplia sonrisa que dejó a la vista hileras de dientes como los de las anguilas, y profirió un gemido de placer pese a hallarse a punto de morir.

—¡Slaanesh, llévame! —chilló el hombre—. ¡Ah, el dolor, el adorable dolor!

Félix se puso de pie en el preciso momento en que también lo hacía la mujer con garras. Le lanzó una patada que le acertó en la mandíbula y se oyó un crujido antes de que la mujer cayera hacia atrás. Félix sacudió la cabeza para limpiarse la sangre de los ojos.

La mayor parte de los miembros de la secta se había concentrado en Gotrek, lo que, sin duda, había salvado la vida de Félix. El enano trataba de abrirse paso hasta el corazón del círculo de piedras, pero la presión que ejercían los cuerpos de los enemigos contra el suyo entorpecía su avance. Félix pudo ver la sangre que le manaba por una docena de pequeñas heridas.

La feroz energía del enano era una visión terrible. Echaba espuma por la boca y despotricaba mientras asestaba hachazos y lanzaba extremidades y cabezas volando en todas direcciones. Una repugnante capa de sangre le recubría todo el cuerpo, pero, a pesar de esa absoluta brutalidad, Félix se dio cuenta de que Gotrek estaba perdiendo la batalla.

Mientras observaba la lucha, uno de los miembros de la secta, embozado en una capa, le propinó un golpe con una porra y el enano cayó bajo una oleada de cuerpos. «Así que ha encontrado su muerte —pensó Félix—; justo como él deseaba.»

Libre de la refriega, el maestro había recobrado la compostura. Comenzó a entonar el cántico de nuevo, alzó la daga en el aire, y la figura que había empezado a formarse en la niebla pareció volverse más tangible.

Félix tuvo la premonición de que, si llegaba a materializarse por completo, estarían condenados; pero no había manera de abrirse paso por los cuerpos que rodeaban al Matatrolls. Observó durante un momento el reflejo de la luz de Morrslieb en la hoja curva del cuchillo. Y entonces echó hacia atrás su propia daga.

—¡Que Sigmar guíe mi mano! —imploró al mismo tiempo que la arrojaba.

El arma voló directa y certeramente hacia la garganta del maestro y se clavó por debajo de la máscara, donde la carne estaba desprotegida. El maestro cayó de espaldas profiriendo un grito borbollante.

Un prolongado gemido de frustración viajó por el aire, y la niebla pareció disiparse; con ella también se desvaneció la silueta que contenía. Los miembros de la secta levantaron la mirada como si fueran uno solo, conmocionados, y se volvieron hacia Félix, que hubo de enfrentarse a varias docenas de ojos perturbados. Permaneció inmóvil, muy, muy asustado, en medio de un silencio sepulcral.

De repente se oyó un rugido imponente y Gotrek surgió de la montaña de cuerpos, repartiendo golpes a diestro y siniestro con sus puños como jamones. Bajó una mano y recuperó el hacha de alguna parte; deslizó las manos hacia la mitad del mango y golpeó con él a quienes lo rodeaban. Félix recogió su espada del suelo y corrió para reunirse con él, y ambos se abrieron paso entre la multitud, luchando, hasta que quedaron espalda con espalda.

Los miembros de la secta, aterrados por la pérdida de su líder, huyeron hacia la noche y la niebla, y Gotrek y Félix pronto se encontraron a solas bajo las sombras del Círculo de Piedras Oscuras.

Gotrek le dedicó a Félix una mirada funesta; tenía la cresta de pelo cubierta de sangre coagulada. Aquella luz fantasmal le confería un aspecto demoníaco.

—Se me ha privado de una muerte gloriosa, humano.

Alzó el hacha con gesto amenazador, y Félix se preguntó si seguiría poseído por el fervor de la lucha y se disponía a acabar con él pese al juramento que los unía. Gotrek comenzó a avanzar lentamente hacia él, y luego le dedicó una amplia sonrisa.

—Da la impresión de que los dioses me reservan un destino aún más grandioso.

Clavó el mango del hacha en la tierra y empezó a reír, hasta que le brotaron las lágrimas en los ojos. Una vez agotadas las carcajadas, se volvió hacia el altar y recogió al niño.

—Está vivo —dijo.

Félix examinó los cadáveres de los miembros de la secta ataviados con capas. El primero era de una muchacha rubia cubierta de verdugones y moretones; el segundo, de un hombre joven que tenía un amuleto en forma de martillo que pendía casi burlonamente de su cuello.

—Creo que será mejor no regresar a la posada —comentó Félix en un tono de abatimiento.

Cuenta una leyenda local que en los escalones del templo de Shallya, en Hartzroch, se encontró un niño pequeño envuelto en una capa ensangrentada de lana de Sudenland. A su lado había una bolsa llena de oro y, alrededor del cuello, llevaba un amuleto de acero en forma de martillo. La sacerdotisa juró haber visto un carruaje negro que se alejaba a toda prisa bajo la luz del alba.

Los habitantes de Hartzroch cuentan una historia mucho más truculenta en relación con los asesinatos de Ingrid Hauptmann y Gunter, hijo del posadero. Todo parecía indicar que habían sido víctimas de un horrible sacrificio para honrar a los Poderes Siniestros. Los guardias de caminos que hallaron los cadáveres junto al Círculo de Piedras Oscuras coinciden en que debió de tratarse de un rito espantoso. Los cuerpos parecían haber sido hechos picadillo por un hacha blandida por un demonio.

JINETES DE LOBO

La manera cómo resolvimos tomar rumbo al sur en busca del oro perdido de Karak-Ocho-Picos, soy incapaz de recordarla con exactitud, pero lo que sí recuerdo es que, como muchas otras decisiones importantes en ese período de mi vida, esa la tomamos en una taberna bajo la influencia de cantidades ingentes de alcohol. También recuerdo a un enano viejo y desdentado que farfullaba y no paraba de repetir la palabra *oro*, y conservo nítido en la memoria el brillo demente que nació en los ojos de mi compañero mientras escuchaba la descripción.

Pese a la ligereza de la provocación, quizá era un rasgo típico del Matatrolls cierta inclinación a arriesgar su vida e integridad física en el territorio más salvaje y árido que pueda imaginarse. O tal vez se debiera simplemente a los efectos de la «fiebre del oro» que suele afectar a todos los miembros de su pueblo. Como acabaría descubriendo más adelante, el atractivo de ese brillante metal ejerce un poder aterrador y fabuloso en las mentes de todos los integrantes de la Antigua Raza.

Sea como fuere, la decisión de traspasar las fronteras más meridionales del Imperio fue fatídica, y aún hoy me persiguen las consecuencias de los encuentros y aventuras que conllevó...

Félix Jaeger, *Mis viajes con Gotrek*, vol. II,
impreso en Altdorf, 2505

—Sinceramente, caballeros, lo último que busco es meterme en problemas —aseveró Félix Jaeger con franqueza, tendiendo las manos abiertas—. Sólo deseo que dejéis tranquila a la muchacha. Es cuanto pido.

Los cazadores borrachos rieron de una manera perversa.

—Sólo deseo que dejéis tranquila a la muchacha —repitió uno de ellos, imitándolo con una voz aguda y ceceante.

Félix paseó la mirada por el establecimiento en busca de apoyo. Un puñado de hombretones robustos, envueltos en las gruesas pieles de los montañeses, lo miraron con los ojos empañados por el alcohol. El dueño del establecimiento, un hombre alto, encorvado y de pelo lacio, le dio la espalda y se puso a colocar frascos de confitura en los estantes de madera rústica. No había más clientes.

Uno de los cazadores, un hombre enorme, se acercó a él. Félix podía ver los restos de grasa que tenía pegados a la barba, y cuando abrió la boca para hablar, la pestilencia a coñac barato de su aliento encubrió el olor de la grasa de oso rancia que los cazadores se untaban para protegerse del frío. Félix torció el gesto.

—Oye, Hef, creo que aquí tenemos a un señorito de ciudad —dijo el cazador—. Habla muy bien.

El tal Hef levantó los ojos de la mesa contra la que tenía sujeta a la muchacha.

—¡Sí, Lars, vaya si habla bien! Y esa preciosa mata de pelo dorado como trigo maduro, casi lo confundo con una muchacha.

—Cuando bajo de las montañas, todo me parece bonito. Vamos a hacer una cosa: tú puedes quedarte con la chica, que yo me conformo con este apuesto muchacho.

Félix se ruborizó. Estaba empezando a perder la paciencia, pero no quería meterse en problemas, al menos si podía evitarlos, de modo que sonrió para disimular su enfado.